

la independencia toma su lugar en la historia de México, en palabras de Rafael Rojas, pues ya se mencionó que es la “madre de todas las revoluciones en la región”.

Por último, cabe señalar que este libro dejara huella en la historiografía sobre la revolución de independencia. Por otra parte, el distintivo académico de la obra es el estudio del derecho y el orden jurídico en el proceso de las revoluciones hispánicas 1808-1823. El trabajo colectivo condensa la biblio-

grafía sobre el tema y la pone al alcance tanto del historiador erudito de la independencia como del estudioso del derecho hispánico, así como del lector no especializado en la materia. Los descubrimientos del libro son formidables. ¿Hubo revolución? Los autores afirman unánimemente que sí. Esta revolución consistió en extender y constituir el orden jurisdiccional tradicional tras la falta del rey, con esto el orden jurídico no se transformó pero sí la política, ya

que ésta cobró autonomía frente a la justicia. Eso significó una nueva jerarquía de poderes y competencias que se alinearon según los dictados que la modernidad imponía a los estados nacionales. En pocas palabras, estas miradas externas sobre la independencia de la Nueva España nos enseñan mucho sobre nuestra historia, nos hacen ver una vez más que la independencia, un tema que estaba catalogado como historia oficial, es harto compleja e importante.

De historiadores profesionales, independientes y grandes maestros

Martha Terán

Christopher Domínguez, *Profetas del pasado. Quince voces de la historiografía sobre México*, México, Era/UANL/Conaculta, 2011.

Profetas del pasado. *Quince voces de la historiografía sobre México* es una excelente lectura para todo aquel que se interese en la historia. Si descubrir la de México representa la empresa intelectual

que aparece en el libro de Christopher Domínguez, como yo creo, se corre el riesgo de que aumente el número de historiadores. Se aprende mucho asomándose a estas páginas ricas en asociaciones, conjeturas, buen humor y pasión por el saber. Sobre todo, de admiración, que comparto, por ciertos historiadores. Aquí tenemos el resultado de una buena idea de la revista *Letras Libres*: se le propuso a Christopher Domínguez que entrevistara a 12 historiadores

destacados para conversar, con uno cada mes, sobre las revoluciones que se habrían de conmemorar en 2010. El autor no desaprovechó la invitación y se decidió por unir las fechas de 1810 y 1910, con las de 1521 y 1821. Apoyó la elección un proyecto documental sobre la conquista que el autor que comentamos realizó en colaboración con Nicolás Echeverría, pues le aportó dos nuevas entrevistas. Con la de Enrique Krauze, el generador de la idea (junto con Ricardo Cayuela),

las entrevistas quedaron en 15. A pesar de la multiplicidad de los temas y los tiempos que se mencionan en cada una, parecen éstas acomodarse en una secuencia cronológica que no procura ser reconstructiva sino aclaradora. Sus títulos combinan el nombre de cada entrevistado con su línea de investigación, con su interpretación particular del tiempo estudiado o con su frase extrema: “Miguel León-Portilla: 2500 años de literatura”, “Christian Duverger en su isla”, “Rodrigo Martínez Baracs: la verdadera revolución fue la conquista”, “Guilhelm Olivier: los falsos presagios”, “Eduardo Matos Moctezuma y las paradojas del aztequismo”, “Hugh Thomas y su máquina del tiempo”, “El dominio atlántico de John H. Elliott”, “El orbe de David A. Brading”, “Guillermo Tovar de Teresa: el esplendor de la Nueva España”, “Brian H. Hamnett: no son comparables 1810 y 1910”, “Eric van Young: ¡viva la bola!”, “Friedrich Katz: Villa se aparece en mis sueños”, “El Leviatan de papel según Alan Knight”, “Jean Meyer o la libertad religiosa” y “Enrique Krauze: toda historia es contemporánea”.

Profetas del pasado es un juego de ingenio donde Christopher Domínguez, en su calidad de “moderador entre eruditos”, despliega su programa por medio de preguntas divertidas y de fina ingeniería. El conocimiento que adquirió con la lectura de las obras del grupo de historiadores (no todos dedicados a México), donde encuentro amigos, maestros y autores que han cambiado nuestra idea del mundo le produjo magníficas respuestas.

Como si fuera una invitación interactiva, hasta se antoja imaginar un par de entrevistas adicionales siguiendo el estilo ¿qué le hubiera respondido a Christopher Domínguez James Lockhart? (supe que quiso entrevistarlo). ¿Qué le hubiera respondido William B. Taylor, gran historiador de la sociedad rural, del desorden de la sociedad ordenada del siglo XVIII, y de la religiosidad? El día de la presentación del libro en la ciudad de México, cuando se preguntó sobre la falta de historiadoras, se dijo que las invitadas no habían aceptado participar. Habrá lectores más interesados en las reinterpretaciones y controversias de unos acontecimientos que de otros, en unos historiadores que en otros, o que no concuerden en todo, pero está bien resuelto el programa historiográfico del libro según los historiadores que participaron, y no se duda de su utilidad para conocer en qué ha quedado tanta discusión, que tampoco termina aquí, sobre la historia de México, desde Moctezuma y sus presagios, Cortés y la Malinche, la economía de los sacrificios humanos y otros de los temas que nunca han dejado de interesar al común de los mexicanos. La historia que se proyecta desde el libro, además, no resulta diferente de lo que los historiadores quisiéramos saber de las novedades del relativismo y sus secuelas en los cambios de entendimiento del pasado.

Mérito de Christopher Domínguez fue unir las fechas centenarias que se iban a conmemorar en 2010 con sus acontecimientos originales, ya lo he dicho, enlazando el tiempo hacia atrás, hasta el mo-

mento del encuentro y la conquista, para permitirnos avanzar desde allá con el beneficio de una cuenta más larga y una mejor panorámica. Aunque, es cierto, eso no garantiza de por sí una representación del tiempo con la misma intensidad: el libro señala desde sus solapas la menor atención al tiempo de la Reforma, mientras que las preguntas del entrevistador favorecieron el momento del encuentro y la conquista. Aun así, podemos apreciar la riqueza asociativa del libro que comentamos si lo comparamos, por ejemplo, con la importante obra universitaria en la que Christopher Domínguez también participo: *México en tres tiempos. 1810, 1910, 2010* (coordinada por Alicia Mayer, IIH-UNAM, 2009). Ésta es una obra de historiadores en dos nutridos tomos que sólo viene al caso para subrayar que allá se enlazaron unos pasados que aún no habían sido conmemorados, con su presente lleno de expectativas políticas y culturales. Vincular esos tres tiempos favoreció la media cuenta larga: los análisis comenzaron con las Reformas borbónicas soslayando, para mencionar a Alan Knight, el pasado de los Austrias que dio parte de su manera de ser a México. La vinculación entre los tiempos parece más perfecta cuando se respeta la relación esencial conquista-independencia; no se cultivó lo suficiente en razón de las políticas conmemorativas centradas en las revoluciones.

Profetas del pasado. Quince voces de la historiografía sobre México ofrece una entrada muy amigable a la historia renovada y a su polémica: amplias ventanas para refres-

car lo que sabíamos sobre temas muy cruciales y personajes tan entrañables como abominables dentro de los más conocidos de nuestra historia. Estudiados, además, por seres realmente notables. *¿Profetas del pasado* son estos historiadores? A Christopher Domínguez le convenció esta idea y dio un título literario más que histórico a su historiografía. Yo soy más partidaria del historiador como testigo, de la mirada sobre la voz que profetiza, pero con este título y tratamiento el libro gana lectores. Escribió Domínguez:

Frente al visionario sulfuroso, el diseñador de utopías ávido de imponerlas, debe prevalecer el historiador como profeta, como quien le otorga al pasado su sentido religioso y lo restaura. Ni dogmática ni doctrinaria, sino religiosa, es su vocación invertida por la profecía: la labor de reconstruir lo disperso, de reconstruir lo arrasado y hacer de esa tarea aquello que nos religa a nuestra historia y nos permite, por qué no, mirar con mayor lucidez el presente (p. 32).

La caracterización me puede sorprender, aunque no estoy convencida de que la vena religiosa domine en el trabajo de todos estos historiadores. Sin embargo, donde puede volverse grande la diferencia con lo que propone Domínguez, como resultado de la lectura de sus entrevistados, es en el acercamiento. ¿Qué se mira desde la parcela de la independencia? Otros dos muy ricos libros de entrevistas, ambos sobre las independencias americanas, con buena participación de historiadores dedicados a

México. El primero, de Verónica Zárate, *Una docena de visiones de la historia, entrevistas con historiadores americanistas* (México, Instituto Mora, 2004), y el segundo, editado por Manuel Chust, *Las independencias americanas en su laberinto. Controversias, cuestiones, interpretaciones* (Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2010). Si junto las entrevistas cuento, por ejemplo, tres magníficas respuestas de Brian Hamnett, dos de Elliott y dos de Eric van Young. Ahora bien, más de acuerdo con el tratamiento de Domínguez a la obra de los dos primeros, que a la del último historiador, me parece que debemos acercarnos a nuestras fuentes para saber si realmente es cierto que, después de la obra de Van Young, *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821* (México, FCE, 2006), queda poco por decir sobre lo ocurrido “en el mar rural e indígena de los últimos días de la Nueva España”, atendiendo a que poquísimos, entre los campesinos insurgentes, según los muchos casos estudiados por este entrevistado, tenían idea de lo que ocurría. *La otra rebelión* es formidable; sin embargo, en las provincias tratadas en este libro no se incluyó a Michoacán, donde la historia regional ofrece otros registros. Es curiosa su contundencia, ya que tuvo a mano la polémica Knight-Van Young, y, sobre todo, porque Van Young siempre recomienda estudiar más y comprender bien su panorámica de la independencia popular, como también lo hizo en la entrevista concedida a Manuel Chust. A continuar el estudio de la guerra por la independen-

cia nos invita, por igual, la entrevista que Carlos Marichal concedió a Manuel Chust, ya que recuerda la enorme cantidad de cajas inexploradas del AGN que existen en el Indiferente virreinal y de guerra. No es la independencia un campo de estudio donde escaseen las fuentes, además de que se suman las regionales.

Christopher Domínguez no es un historiador académico, lo cual en este caso concreto no es una limitación, es una libertad: el que se dedique a la crítica e historia literaria como uno de nuestros cronistas más lúcidos garantiza un libro legible y ameno. Como libro de entrevistas se distingue por su prólogo y por la originalidad de sus preguntas, entre la historiografía y la literatura. Sin ser, pues, un profesional de la historia, asombra su erudición y sus numerosas lecturas, su base historiográfica. Todo esto se nota en la presentación que hace de cada historiador, en la conversación con ellos y en el prólogo. Una de las cosas que distingue un libro de entrevistas que aspire a tener interés más allá del momento, es la calidad de las preguntas, su formulación que provoca respuestas complejas. En esto también destaca el libro de entrevistas que comentamos, que tiene la virtud de reconstruir la forma del pensar de sus autores lejos de la escritura y cerca de la oralidad. La oralidad está más próxima, casi siempre, del pensamiento intuitivo, al mismo tiempo que, en este caso, es una reflexión posterior a la escritura. Dice Christopher que aprendió; el libro es tan ameno que lo difícil parece fácil, y es tan estimulante lo que sostiene el entrevistador como lo que le expli-

can los historiadores, de allí su cualidad de crear lectores de historia.

Profetas del pasado. Quince voces de la historiografía sobre México nos recuerda a otros literatos que han hecho sugerentes aportes a la historia. No me sorprendió ver a Octavio Paz entre los varias veces mencionados en el libro: mis alumnos lo cuentan como uno los desenterradores de una Nueva España que había permanecido por mucho tiempo por debajo de Méxi-

co. También era obligado citar a José Luis Martínez, que cambió nuestra idea de Hernán Cortés. Recordarlo me permite trasladarme hasta el final del prólogo de Christopher Domínguez, a la parte donde comenta lo inciertas que son las huellas de las entrevistas como género moderno. Quisiera recordar que José Luis Martínez descubrió la que aceptamos como la primera entrevista de América. Sucedió en la fortaleza de Santo Domingo ha-

cia 1544: el cosmógrafo Fernández de Oviedo escribía en las islas sobre lo que sucedía en la tierra firme y nada mejor para saberlo que preguntándolo. Así fue como le solicitó al conquistador Juan Cano, entonces casado con la hija de Moctezuma, Isabel, antes esposa de Hernán Cortés, que le informara sobre lo que pasaba y había pasado en el continente. Conservó Oviedo el testimonio del encuentro en la forma de preguntas y respuestas.

De historiadores batallistas

Salvador Rueda

Alicia Olivera (coord.), *Mi pueblo durante la Revolución*, 2ª. ed., 3 vols., México, INAH, 2010.

Hace veinticinco años leí por primera vez el conjunto de testimonios que forman los tres volúmenes de *Mi pueblo durante la Revolución*. Era la etapa final de un largo trabajo que comenzó en 1983, en el que la maestra Alicia Olivera había invertido toda su atención y diversificado sus actividades: redactó cartas, confirmó envíos, decidió tonos y temas de una convocatoria —que digámoslo al paso, inspiró otras recopilacio-

nes testimoniales—, vigiló los pasos de un concurso que se abría con muchas incertidumbres y con presiones de tiempos políticos, esperó y esperó la respuesta, atendió con ansiedad los distintos testimonios que fueron llegando a su escritorio.

Yo sólo miraba sus afanes, testigo curioso pero poco comedido, y volvía a hundir mis narices en mis propios asuntos —importantísimos, tanto que ya no recuerdo qué trataban—. Aprendí entonces de la enorme inversión de esfuerzo que un proyecto como el que amasaba la maestra Alicia Olivera requería, de ella y de sus colaboradores y voluntarios. Llamadas a las autoridades del INAH pidiendo apoyo secretarial,

llamadas a la dirección del Museo Nacional de Culturas Populares, con el admirado antropólogo Guillermo Bonfil, para ajustes de agenda con jurados, entrevistas a posibles ayudantes, a los que tenía que explicar todo y enseñar a ordenar materiales como los que comenzaban a llenar su espacio de trabajo. No mucho después, estaba la historiadora Olivera ocupada en la selección de los trabajos, para finalmente, todavía sin calma, comenzar la edición para su publicación.

Con nobleza, agradeció en aquella ocasión personalmente a sus colaboradores; ahora, con la segunda edición, pudo hacerlo por escrito, como lo mandan los cánones de la cortesía académica.